Se mostraría reticente a tal eventualidad

[1]

Y, si mi amigo se mostraba en verdad en desacuerdo y yo no lograba persuadirlo de que un personaje con el que no se había contado previamente podía representar un abanico[1] de posibilidades inesperadas susceptibles de proporcionar quién sería capaz de imaginar cuánto juego, me encontraría con que había introducido un elemento no del todo extraño (pues doña Isidora era[2] sin duda una mujer corriente, con el cabello rubio un poco tal vez ensortijado y de mediana estatura) pero sí alta, muy altamente perturbador en el supuesto de que no fuese ni tan de mediana edad (o incluso de estatura) ni tan aficionada a la repostería sino (y eso sería lo peor de todo) no el repartidor de guías telefónicas o empleado de alguna empresa suministradora de energía que pretendiera no algo tan inocente como leer el contador del gas como se sugiriera en párrafo segundo de pie de página nº 2 de la página 1[3] sino, que por qué no y una vez "puestos a dejarnos" — mi madre, que lo dijo en el tono demoledor que gusta utilizar para ridiculizarme al que ya creo haber hecho mención[4] en alguna otra parte de esta mi magna obra — asaltar por sorpresa por elementos perturbadores, descerrajar, empuñando una pistola con cachas de nácar, un par de tiros en la barriga de Soni…

– ¿Sonia? — saltó Sonia — ¿Iba a escribir "un par de tiros en la barriga de Sonia"?

–Sí hija — mi madre, que mira que le tengo dicho, suplicado incluso, que a mí me destroce la vida todo lo que le dé la gana pero que, por favor, se abstenga de interactuar

---

[1] O un par de varillas por lo menos.

[2] O, bueno, "sería", caso de que el personaje prosperara, evolucionase hasta alcanzar una plena y satisfactoria madurez.

[3] Ver aquí.

[4] Y si no la he hecho la haré, porque el tono de mi madre cuando quiere ridiculizarme merece ser mencionado.

Se mostraría reticente a tal eventualidad

[2]

con mis criaturas —, en su barriga; pero este hijo mío, que a quién habrá salido, tiene tan mala puntería que ya veremos dónde y a quien da.

– En un meñique, por ejemplo — sugirió la fisioterapeuta —que si además es de la mano derecha de algún zurdo es, que lo sé yo, de poquísima utilidad.

– En el meñique, de acuerdo — el elemento perturbador, sin dejar de apuntar —; ya vamos avanzando. Ahora sólo falta que tengan la amabilidad de decidir de quién.

– Pues… — mi madre, que dudó por un instante y en un momento de tanta tensión mientras que, cuando ni hace ninguna falta ni se la espera, es muy rápida facilitando indicaciones que no se le piden — del nieto mayor. Hala, escribe.

– Ese no — Ramírez, con esos reflejos tan buenos que él tiene aunque, y quise pensarlo pero andaba muy liado, pudiera ser porque éste fuese tan ojito derecho suyo como el pequeño lo era de la abuela — que tiene que traducir a mi padre.

– ¿Y por qué no de Krzysztof — Celedonia, que se le ocurrió de repente y, señalando con su índice — y de paso esta señorita se venga?

– ¿Y por qué tendría que vengarme yo? — La fisioterapeuta.

– Si no recuerdo mal o algún desassstre — Celedonia, con esa ese tan larga y mirándome con tanto desprecio que pensé que era mi madre, pero no, era Celedonia — no ha perdido el hilo él la abandonó.

– Ah, pues entonces — la chica — un meñique es poco; así que mejor en…

– Pero Krzysztof no está aquí — el abuelo, por manos del nieto pequeño, que temeroso de que el dedo elegido fuera suyo se apresuró a traducir para, con ello,

Se mostraría reticente a tal eventualidad

[3]

dejar constancia de que también a él le era imprescindible —, que no estamos a lo que estamos, recontra. Además no creo necesario que lleguemos a las manos, y ni siquiera a la sangre; puede muy bien darle a la bombilla del pasillo, que como total ya está fundida…

De modo que nos encaminamos al pasillo, en comitiva, y una vez allí el elemento perturbador disparó a la bombilla…

– ¿Y? — Muy intrigada mi tía[5], la de Indalecio, que había escuchado con enorme atención pero, ya digo, era tirando a cortita.

–Pues que — Manolita, que andaba con prisa recogiendo las mesas porque "hoy, precisamente, con mi marido que entra de guardia y el niño solo no puede quedarse" y que espabilase —le dio al brasileño. Y recoja.

Y, mi madre, que "lo que les dije".

Y, Lola, cerrando filas, que qué lástima con lo bien que iba y "mira — dijo mientras caminaba hacia la puerta echándolo en el bolso — que le había dejado el móvil tan preparadito".

[5] La de Indalecio, no la de los gemelos que, esa sí, lo pilla todo al momento como es muy cerebral y, como vulgarmente se dice, corta un pelo en el aire.